



INVESTIGACIÓN

Capitalismo de plataformas: actores y actantes del sector informacional

Papalini, Vanina; Magallanes Udovicich, Mariana Loreta**

Resumen

En los últimos años se han registrado profundas transformaciones del trabajo informacional con la emergencia y consolidación de plataformas de trabajo bajo la forma de empresas, que insertan la actividad en una nueva etapa del capitalismo propia del siglo XXI. A la luz de los aportes ontológicos y metodológicos de la teoría del actor-red, esta comunicación se propone reconstruir los desplazamientos que ocurren en el sector de la información con foco en los ensamblajes que profesionales y tecnologías establecen. El análisis aborda en particular la figura del prosumidor, parcialmente coincidente con la del emirec, y sus interacciones con el trabajo profesional de comunicadores aficionados y profesionales. Entendidas como asociaciones que enrolan a múltiples actantes, desde algoritmos hasta la pandemia por COVID-19, el artículo contribuye a reflexionar sobre las implicancias de actores no humanos en la configuración de los nuevos públicos, así como sobre la relación entre información y producción de conocimiento en estos entornos de trabajo. Se concluye que, a través de su incorporación en las plataformas y a partir de la posibilidad de convertirse en trabajo temporario, el trabajo considerado habitualmente como amateur genera la difuminación de las profesiones propias del *broadcasting*.

Palabras clave: capitalismo; plataformas; sector informacional; TAR; algoritmos; comunicación; prosumidores

Procedencia: Este artículo es fruto del análisis bibliográfico y documental en el marco de los seminarios «Teoría crítica: racionalidad política, neoliberalismo y hegemonía en las sociedades contemporáneas» y «Problemas de la sociedad contemporánea», respectivamente, dictados en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba. Enviado el 11/4/2025, aceptado el 23/10/2025 y publicado el 27/11/2025.

DOI: <https://doi.org/10.33255/3675/2275>

Autorías: * Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CONICET y Universidad Nacional de Córdoba).

Contacto: vanina.papalini@unc.edu.ar



Platform capitalism: actors and actants in the informational sector

Abstract

Recently, there have been profound transformations of informational work with the emergence and consolidation of work platforms in the form of companies, which insert the activity in a new stage of capitalism typical of the 21st century. In the light of the ontological and methodological contributions of the actor-network theory, this paper aims to theoretically reconstruct the displacements that occur in the information sector, focusing on the reconstruction of the assemblages that professionals and technologies establish. The analysis addresses in particular the figure of the prosumer, partially overlapped with the emirec, and its interactions with the professional work of amateur and professional communicators. Understood as associations that involve multiple actants, from algorithms to the Covid pandemic, the article contributes to consider the implications of non-human actors in the configuration of new publics, as well as the relationship between information and knowledge production in these work environments. Conclusions show that work usually considered as amateur, through its incorporation in the platforms and from the possibility of becoming temporary work, generates the blurring of the broadcasting professions.

Key words: capitalism; platforms; information sector; ANT; algorithms; communication; prosumers

Capitalismo de plataformas: atores e actantes do setor informacional

Resumo

Nos últimos tempos, aconteceram transformações profundas no trabalho informacional com o surgimento e consolidação de plataformas de trabalho na forma de empresas, que inserem a atividade em uma nova fase do capitalismo típica do século XXI. À luz das contribuições ontológicas e metodológicas da teoria ator-rede, este artigo se propõe a reconstruir teoricamente os deslocamentos que ocorrem no setor da informação, com foco nas redes que profissionais e tecnologias estabelecem. Em particular, a análise aborda a figura do prosumer, parcialmente sobreposta ao emirec, e suas interações com o trabalho profissional de comunicadores amateurs e profissionais. Entendidas como associações que envolvem múltiplos atores, desde algoritmos até a pandemia de COVID-19, o artigo contribui para considerar as implicações dos atores não humanos na configuração de novos públicos, bem como a relação entre informação e produção de conhecimento nesses ambientes de trabalho. As conclusões mostram que o trabalho geralmente considerado amateur, por meio de sua incorporação nas plataformas e da possibilidade de se tornar temporário, gera o esmaecimento das profissões do broadcasting.

Palavras chave: capitalismo; plataformas; setor informacional; TAR; algoritmos; comunicação; prosumer

Introducción

Las tecnologías parecen marcar el ritmo y las características de la transformación del capitalismo, tanto en términos socioeconómicos como culturales. Desde hace ya casi un siglo, no se trata de cualquier tipo de tecnologías, sino, específicamente, de las tecnologías de la información y la comunicación en convergencias que generan entornos e interacciones de gran potencial para el ejercicio y el intercambio profesional. En función de su asociación con las tecnologías digitales, el capitalismo contemporáneo adquiere su denominación de «informacional». En tanto las plataformas, como expresión acabada de las sinergias y articulaciones posibles, se instalan como un actante fundamental y dan paso a una nueva fase cuyas características están siendo exploradas.

Nuestro objetivo es aportar a esa descripción mediante el análisis de los cambios en el trabajo de producción de contenidos –tarea tradicionalmente inscripta en el campo comunicacional– y la configuración de los públicos concernida en esta transformación, entendiendo que la plataformización opera traducciones (Callon, 1995) en el sector informacional que son mejor entendidas desde la perspectiva de los ensamblajes.

Este artículo revisa algunos conceptos que se utilizaron para describir a las sociedades actuales en función del desarrollo tecnológico de la información y la comunicación. A continuación, se abordan las características del capitalismo en la fase de plataformas en relación con el sector de la información: aquí lo que se pone en cuestión son los desplazamientos e hibridaciones en los polos antes bien definidos de producción y consumo. En particular, nos abocaremos a la discusión de las figuras del prosumidor y el emirec y a la difuminación de fronteras entre amateurs y profesionales en el campo de la comunicación. Por último, analizamos algunas implicancias de los algoritmos y otros actores no humanos en la configuración de públicos.

La sociedad contemporánea y su ensamblaje informacional

Desde la modernidad, los hitos tecnológicos son el centro de la órbita de las transformaciones socioeconómicas. Sin embargo, las denominaciones por momentos se solapan, siguen distintos criterios y enfatizan aspectos que, aun tomando en cuenta procesos análogos, los entienden de maneras muy diversas. Además, dada la vertiginosa dinámica de los cambios tecnológicos que se proponen retratar, algunas categorías, productivas en un determinado momento, ya no son fértiles para describir el panorama actual. Revisaremos someramente algunas –«Tercera ola», «cuarta revolución industrial», «sociedad poshumana»,

«sociedad posindustrial», «sociedad del conocimiento», «sociedad-red» y «*The Stack*»— para ingresar al capitalismo de plataformas como una denominación más ajustada en relación con los procesos que nos interesa analizar.

Las denominaciones no forman parte de una secuencia lineal y pueden resultar confusas: la «Tercera Ola» de Alvin Toffler (1981) se refiere al paso de la era industrial a la de la información, pero esta periodización no sigue el mismo criterio que la «cuarta revolución industrial», que alude a la convergencia tecnológica que integra sistemas físicos, biológicos y digitales y que continúa a la revolución electrónica (Schwab, 2024). De hecho, el nombre «revolución» puede resultar exagerado y aun engañoso si se lo considera en términos políticos, ya que las inequidades tienden a maximizarse (Schwab, 2016). Las denominaciones tienen en común, no obstante, la voluntad de subrayar las transformaciones productivas.

Por otro lado, las denominaciones «sociedad poshumana» o «sociedad posindustrial» (Bell, 1973; Fukuyama, 1992) cargan con el mismo problema de todos los términos con prefijo «post»: no definen lo que es, sino lo que ya no es. Se trata de términos nostálgicos, incapaces de articular la descripción de lo existente. No obstante, conviene retener de ellas la idea de que lo «humano» ha sido desplazado del eje central como dinamizador de los procesos sociales. Pero no ha sido la lógica de la reproducción industrial, mecánica y seriada, lo que ha triunfado. La información es uno de los subproductos de la conexión significativa entre sistemas humanos y sistemas no humanos.

«Sociedad del conocimiento», en sintonía con «Tercera Ola» pero con el acento en una dimensión de creciente importancia en los procesos económicos, parece presuponer la superación de problemáticas que no se desvanecieron en absoluto: la presencia de la violencia, la pobreza y la enfermedad en sociedades profundamente desiguales, como podemos constatar a la luz de las guerras de este primer cuarto del siglo XXI donde la opresión y el interés por el territorio se manifiestan de manera recurrente. Existe también un problema conceptual específico en esta denominación: la homologación del conocimiento con la información o los datos. Este es un señalamiento que ya han hecho numerosos autores desde el inicio de la era computacional (Castells, 1996; Roszak, 1990; Villoro, 1984).

La denominación «sociedad-red» (Castells, 1996), que apunta a describir las transformaciones en las relaciones de poder, la producción y la experiencia en plena globalización y por efecto de la informatización, resulta un estadio anterior: las redes aún forman parte de la configuración actual del capitalismo informacional pero ya no son predominantes. La fase de redes se inaugura hacia 1970, perdiendo su preponderancia hacia 2005. Desde

entonces, atravesamos una nueva fase: la de plataformas. Actualmente en pleno desarrollo, esta incluye, subsume y se apoya en las redes (Fuchs, 2014; Srnicek, 2018; Zukerfeld, 2020 Zukerfeld y Yansen, 2022).

Por último, el concepto de *The Stack*, de Benjamin Bratton, que puede traducirse como «apilamiento» o «pila», se refiere a una superposición vertical de elementos en forma de capas o estratos, reteniendo una dimensión física que las utopías operantes detrás de la idea de sociedad del conocimiento parecían soslayar. Su valor radica en que apunta a delinear la infraestructura técnica de los sistemas globales, subrayando las transformaciones propiciadas por el desarrollo de la informática a escala planetaria. La premisa es que este proceso ha transformado a fondo y en sus mismos fundamentos las lógicas de la geografía política, ciñéndolas a su propia lógica, al punto de generar nuevas geografías y nuevos territorios, delineados de manera virtual.

Aun en una lectura centrada en la importancia de la información, hay una base material que provee tanto el asiento geográfico de los procesos en curso como la materia imprescindible para su funcionamiento: el territorio opera como marco legal o jurisdicción, así como «capa» de donde se extraen los materiales necesarios para la fabricación electrónica y la obtención de energía (Bratton, 2015, pp. 370-371). En la denominación «sociedad del conocimiento» se disimula una contradicción: el discurso ecologista establece una alianza con una economía pretendidamente inmaterial, en tanto disminuye el impacto de la producción contaminante de la era industrial. Las demandas de esta sociedad del conocimiento, sin embargo, también son materiales, ya que requiere, entre otros elementos, minerales y recursos energéticos cuya provisión no tiene nada de virtual ni de «limpia». La explotación minera de litio en América del Sur (Bolivia, Chile y la Argentina) o de coltán en África (Congo y Ruanda) no sólo es antiecológica –gasta importantes reservorios de agua y compromete fuertemente el medioambiente–, sino que es ocasión de ejercicio de la violencia a través de mecanismos de opresión socioeconómica y hasta militar que someten a poblaciones enteras.

A diferencia de la geografía política moderna, que divide los mapas de manera horizontal, la geografía *stack* establece capas verticales; los espacios –definidos en relación con procesos informáticos– se emplazan uno encima del otro, como capas de una metaplataforma consolidada, y constituyen así una megaestructura que articula globalmente diversos componentes: nube, ciudades inteligentes, computación ubicua, sistemas de direccionamiento masivo, interfaces de nueva generación, usuarios no humanos, etc. Bratton resume estas capas en cinco: Tierra; Nube; Ciudad; Domicilio; Interfaz y Usuario (2015, pp. 374-375). Las definiciones provistas por Bratton en su obra, así como una

derivación de esta teoría –la existencia de una *Black Stack*¹, tienen el mérito de su perentoria actualidad y la desventaja de constituir una descripción generalizante con poco potencial heurístico.

Pensadas en su aspecto técnico, las plataformas son sistemas que, con base en la informática, generan un espacio virtual de interacción. Este es el tipo de asociación que les es propia. Se trata de mecanismos generativos que funcionan a partir de protocolos que fijan las formas de interacción. En estas infraestructuras digitales de interacción se realizan distintos tipos de transacciones. Su tamaño no se puede delimitar porque aumenta justamente a partir de la extensión de las interacciones. El valor –monetizable– que una plataforma adquiere se deriva del tamaño, es decir que también está ligado a la cantidad de usuarios que logren reclutar, siendo, en ese sentido, convergentes con las redes. La importancia y novedad que presentan las plataformas estriba en su capacidad de extraer datos de sus usuarios y con ello generar un «activo» valuado en términos monetarios en el mercado.

Las plataformas, sostiene Bratton, pueden distribuir interfaces al sistema y en simultáneo centralizar su control integrado a través de una coordinación remota (Bratton, 2015, p. 374). No son dispositivos tecnológicos de moda ni modelos técnicos neutrales: se trata de actantes de gran gravitación que pueden ser equiparados con cualquier actor social de importancia: inciden tanto en el mercado como en la política, en tanto «hacen-hacer» a otros actores y pueden, en cierto sentido, ser concebidas como nuevas instituciones. Tienen como elemento distintivo su enorme capacidad de recoger datos de todo aquello que se produce en su seno y aun de anticipar acciones de los usuarios, lo cual les permite ofrecer caminos (automáticamente generados) que «facilitan» y direccionan sus siguientes interacciones. No siempre estas sugerencias tienen la forma de la propaganda comercial o política; los algoritmos que conforman su base técnica tienen un alcance vasto aplicable a cualquier búsqueda que el usuario emprenda². La pretensión alcanza a las acciones *offline*; de allí que algunos autores se pregunten si su capacidad de manipulación puede, asociada a ciertos patrones políticos, reforzar los autoritarismos (Bratton, 2014).

Los procesos de plataformización de la sociedad han sido abordados desde diversas disciplinas, resaltando las múltiples dimensiones que se traman en un fenómeno que es a la vez social y técnico. Entre muchos otros autores, destacamos los aportes de Van Dijck (2016), desde la sociología, quien mostró las imbricaciones del capitalismo informacional con los estudios sociotécnicos en la cultura de la conectividad y posteriormente ha problematizado sobre los valores públicos que requiere la sociedad de plataformas (Van Dijck, Poell

y De Waal, 2018); tanto Scolari (2022) como Fernández (2018) las indagan al interior de los intercambios discursivos propios del campo de la comunicación, desde una ecología mediática y en la conformación de un ecosistema de plataformas en guerra, respectivamente. Srnicek (2018), por su parte, ha hecho lo suyo desde la economía al vincular estas nuevas formas de empresa con la economía de datos propias de esta etapa del capitalismo.

Desde esta última perspectiva, las plataformas se ofrecen como un espacio con capacidad para operar en cualquier parte, que resulta accesible desde cualquier punto. Son:

un nuevo tipo de empresas; se caracterizan por proporcionar la infraestructura para intermediar entre diferentes grupos de usuarios, por desplegar tendencias monopólicas impulsadas por efectos de red, por hacer uso de subvenciones cruzadas para captar diferentes grupos de usuarios y por tener una arquitectura central establecida que controla las posibilidades de interacción. (Srnicek, 2018, p. 49)

Por último, Zukerfeld y Yansen, que definen a las plataformas como «combinación de software y tecnologías digitales, usualmente presentadas como páginas web o apps, que intermedian a través de Internet entre dos o más clases de actores humanos» (2022, p. 4), observan su centralidad como rasgo definitorio de la presente fase capitalista; de allí que se tornen un concepto fundamental para comprender la dinámica del trabajo contemporáneo.

Sobre el trabajo informacional y plataformas

Para Zukerfeld las plataformas son espacios donde se pueden identificar tres tipos de trabajo: propietarios autoempleados a través de plataformas, prosumidores y desarrolladores de algoritmos (Zukerfeld, 2020, pp. 4-5). Esta última categoría en realidad corresponde a la de trabajadores informacionales, según señala el propio autor (2020, p. 19). Con trabajo informacional hace referencia a las ocupaciones «que utilizan como principal medio de trabajo una tecnología digital y que obtienen como producto un bien informacional (cualquier ente hecho puramente de bits [...])» (Zukerfeld, 2020, p. 18), es decir, «las tareas productivas de aquellos trabajadores que utilizan como principal medio de trabajo un bien informacional secundario (por ejemplo, una PC) y que obtienen como producto un bien informacional primario (cualquier hecho puramente de bits: textos, programas de computadora, comunicaciones digitales, audio, imágenes, etc.)» (Zukerfeld, 2013, pp. 41-42). Como veremos

más adelante, los «prosumidores» pueden ser concebidos como «trabajadores informacionales» amateurs.

A su vez, distingue el trabajo informacional del sector de la información (2013, 2020), dando cuenta de las tareas propias del fenómeno de la informacionalización, orientadas a develar los rasgos de las actividades productoras típicas de esta etapa de capitalismo de plataformas. El sector información es aquel compuesto por el conjunto unidades productivas, cuyo *output* principal (no necesariamente único) son bienes informacionales (software, textos, audiovisuales, etc.). (2020, p. 18).

Quienes trabajan asociados a los medios, las agencias de noticias o las industrias creativas se encuadran tanto en el sector de la información como en el trabajo informacional. Por un lado, estos exceden la producción de bienes informacionales primarios; por el otro, incluyen otras modalidades de trabajo, desde el trabajo en el Estado hasta la producción colaborativa.

Zukerfeld se interesa en la producción colaborativa como un espacio de trabajo informacional cuya producción no interesa tanto por el intercambio o el consumo, sino por la creación misma de contenidos, constituida en la interacción sostenida en el tiempo. El resultado de este trabajo, el bien producido, «presenta en esta modalidad particular el rasgo notable de que es consumido o utilizado por las mismas redes de productores. Los productores son a la vez consumidores o usuarios de los bienes que producen: *prosumidores*, según la expresión acuñada por Toffler (1981) y desarrollada por Tapscott y Williams (2005, p. 191)» (Zukerfeld, 2013, p. 111). Este trabajo excede el sector de la información. Se puede realizar trabajo informacional fuera del sector de la información (por ejemplo, un departamento de comunicación en una industria extractiva) o se puede trabajar en el sector de la información y realizar un trabajo no informacional (por ejemplo, hacer la limpieza en una corporación mediática). El foco está en la modalidad de producción de contenidos y las plataformas han potenciado esta transversalidad.

En trabajos más recientes, Zukerfeld y Yansen han abordado la tarea de proponer una tipología de plataformas capitalistas, atendiendo en particular a dos variables: si tienen o no fines de lucro y cuál es el principal bien o servicio que prestan, como bienes, vínculos o trabajo (2022). Cuando observan los actores y flujos en su interior, en la mayoría de estas categorías, ya sea como oferentes, intermediarios o demandantes, los prosumidores de contenidos ocupan un lugar preponderante, independientemente del flujo de aquello que se produce y comercializa, aunque con mayor presencia en bienes y vínculos.

En efecto, en términos de actores humanos, el capitalismo informacional ha puesto en evidencia que las dicotomías tradicionales y simplificadas que distinguen entre capitalistas y obreros, productores y consumidores, tiempo de trabajo y de ocio no captan la relación con los procesos productivos capitalistas de actores como los que producen contenidos para YouTube o Wikipedia. (2022, p. 18)

Una de las características dominantes del capitalismo informacional es la posibilidad de convertir bienes y servicios en información: en efecto, numerosos segmentos de la economía se han automatizado, incluyendo la producción de objetos. Esta conversión produce cambios significativos en la naturaleza del trabajo, que presupone una transformación a través del uso de una técnica, no sólo de un instrumento. Este sería el caso de los comunicados, las noticias, los audios, las imágenes, y sus múltiples combinaciones, que circulan por Internet.

Otra distinción relevante permite entender este ensamblaje particular que describimos: se trata de la diferenciación entre bienes y servicios. Mientras que los bienes son productos terminados, los servicios son prestaciones inmateriales. Ahora bien: en la medida en que una cantidad importante de objetos resultantes de una actividad productiva en el sector información son tan inmateriales como el trabajo que los produce, las diferencias se tornan menos nítidas. Aunque,

usualmente, a los procesos productivos de bienes informacionales y al trabajo que los alumbró se los clasifica en el sector servicios [...] estos bienes no tienen ninguna característica de los servicios y tienen todas las de los bienes: no se consumen en el momento de su producción, pueden circular independientemente de ese momento y pueden portar derechos de propiedad. (Zuckerfeld, 2020, p. 18)

La distinción entre bienes y servicios podría plantearse de otro modo: los bienes pueden ser separados de los actores que los producen; los servicios exigen su presencia. La educación puede ejemplificarlo: hablamos de la educación como servicio, ya que se necesita al educador para que se ejerza el acto educativo. Pero ¿qué pasa si el proceso educativo se convierte en una secuencia programada de tutoriales, con evaluaciones automatizadas? El «plan educativo» que se adquiere resulta ser un «bien». El proceso de reconversión de servicios en bienes implica la externación, la objetualización, la alienación –para usar un término marxista clásico– de un trabajo que, en tanto servicio, era indivisible del sujeto que lo proveía.

En el capitalismo informacional, los actores y las tecnologías se ensamblan de manera tal que aquello que era considerado un servicio puede separarse

de su efector humano, volviéndose un producto cuya propiedad queda en manos de las plataformas y de otros actantes.

La perspectiva analítica de la TAR: los actantes del sector informacional

Uno de los problemas más evidentes de las teorías y conceptos de sociedad poshumana, sociedad del conocimiento, o incluso de la más reciente *The Stack*, es que inclinan la lectura de la economía y la sociología hacia una filosofía del presente y aun del futuro (Schmucler, 1997), hablando en términos universales y genéricos que conducen rápidamente a totalizaciones inadecuadas. La consideración de estos procesos reclama articular niveles teóricos diferentes, pero no en la forma simplificada de superposición de capas, ni proponiendo lecturas sistémicas omnicomprensivas. Cualquier camino que intente resumir y simplificar corre el riesgo de perder de vista el alcance y las implicancias de un proceso determinante de nuestra contemporaneidad. Enredada entre las críticas humanistas, prevenida por las advertencias y prospectivas provenientes de la economía y la política, y alentada por discursos publicitarios celebratorios, la mayor parte de los análisis corrientes tiene dificultades para pararse sobre dos pies: la descripción de procesos y fenómenos contemporáneos capitalistas en permanente transformación, por un lado, y la vertiginosa obsolescencia tecnológica, a la luz de una perspectiva versátil capaz de captar distintas modulaciones y ponerlas en relación con un horizonte más amplio, por el otro.

No queremos decir con ello que esta contribución sea capaz de lograrlo. No obstante, la información cobra sentido si se la interpreta desde un enfoque que pueda establecer las necesarias articulaciones, y ese enfoque, desde nuestro punto de vista, debe superar los subcampos disciplinares. El primer paso en esa dirección consiste en escoger términos mejor especificados, escapando de la tentación de las categorías muy abarcadoras. En ese sentido, la teoría del actor-red (TAR), representada por Bruno Latour, Michel Callon y John Law, propone una lectura en clave de ensamblajes y asociaciones que consideramos relevante retomar.

La TAR, que surgió de una fuerte crítica a los trabajos tradicionales de la sociología, se expandió en relación con los estudios sobre tecnología. Con base en el principio de simetría generalizada, esta perspectiva plantea la equivalencia ontológica de la naturaleza y la sociedad, dando la posibilidad de reconocer como actores, inicialmente indeterminados, tanto a elementos humanos como no humanos, sin dar primacía a ninguno de ellos (Latour, 2008, p. 106). Según esta premisa: «Ser simétricos, para nosotros, simplemente significa no imponer a priori una asimetría espuria entre la acción humana

intencional y un mundo material de relaciones causales» (Latour, 2008, p. 113). Es por ello que la TAR prefiere utilizar el concepto de actante para designarlos, pues «cualquier cosa que modifica con su incidencia un estado de cosas es un actor o, si no tiene figuración aún, un actante» (Latour, 2008, p. 106). Cada actante, a su vez, es concebido como actor-red (Latour, 2008, p. 74), ya que la red «describe su objetividad, es decir, la capacidad de cada actor de hacer que los otros actores hagan cosas inesperadas» (Latour, 2008, p. 187). Estos actúan como mediadores, con capacidad de traducir lo que transportan. De allí que la acción, desde entonces llamada agencia, pueda predicarse de todos los actantes, tanto de los humanos como de los no-humanos, pues no refiere ya a la acción intencional de hacer, sino a la capacidad de todos los componentes de hacer-hacer, dando por sentada la interacción entre actores humanos con no humanos: plataformas, dispositivos, datos, algoritmos e incluso naturaleza, como ocurre en los ensamblajes informacionales. De esta manera, no se reemplaza lo tecnológico por lo humano, sino que se produce un reajuste analítico que desplaza al sujeto del centro del análisis y reintegra la ontología y praxis en la reconstrucción de estas articulaciones.

En la lectura de la TAR, lo social surge de estas asociaciones a posteriori, y es lo que debe ser reconstruido. La tarea que la TAR se plantea es el rastreo de estos ensamblajes, es decir, de los procesos por los cuales la heterogeneidad se conjunta. Lo social –no ya la sociedad como un ente, sino lo social como un plano– «es una asociación entre entidades que de ninguna manera son reconocibles en el sentido habitual excepto en el breve momento en que son reorganizadas» (Latour, 2008, p. 97). Y esta reorganización es una estabilización momentánea, tanto más inestable cuanto más microscópica. Sin embargo, la característica distintiva de los ensamblajes informacionales es su dinamismo, de allí que muchas construcciones analíticas rígidas se vuelvan obsoletas con rapidez. No es la combinación de componentes, sino el movimiento, lo que importa retener; los tránsitos, las tendencias, los agrupamientos contingentes. En el campo comunicacional, estos movimientos son asimilables al concepto de «circulación» (Hall, 1973) que, como en los flujos energéticos, pueden disiparse o transformarse y aun acumularse.

Actores, actantes, ensamblajes, articulaciones, circulaciones: este breve excursus teórico-metodológico tiene el objetivo de explicitar una caja de herramientas con las que analizamos algunas relaciones sociotécnicas del trabajo informacional. Este enfoque pretende escapar de algunos tópicos recurrentes, como la conciencia de los agentes, las intenciones y las manipulaciones del poder, la capacidad crítica y la autonomía de receptores y emisores, así como también de la voluntad de sectores o actores identificables. Perspectivas muy

consolidadas, como la economía política crítica de los medios, los estudios culturales y los estudios filosóficos, sociales o profesionales de la técnica, así como la sociología de las profesiones vinculadas a los medios, se concentran en algunos de los aspectos que intentaremos revisar en conjunto: la cuestión de quienes usan, producen, consumen y trabajan en relación con el sector de la información.

Recuperamos el abordaje simétrico, asentado en la noción de actante, a fin de desplegar los ensamblajes informacionales en el capitalismo de plataformas, pues esta categoría es utilizada como una «herramienta de análisis semiótico-material de todo relato sobre la acción» (Magallanes, 2022, p 27). La estrategia onto-metodológica simétrica sirve para fundar posibilidades para la investigación empírica, orientadas al rastreo de las asociaciones y ensamblajes que hacen que un actor exista como tal. Con este enfoque, entonces, parece fructífero repensar categorías emergentes que designan actores tradicionalmente asociados al trabajo asalariado en este campo profesional. Estas categorías pueden solaparse: ser prosumidor, emirec, trabajador informacional temporal, amateur o profesional, podrían ser contingencias muy diferentes, o momentos de una misma biografía.

Las traducciones entre actantes, actores sociales y técnicos en el ensamblaje propio del capitalismo de plataformas hacen inteligibles numerosos procesos contemporáneos del sector informacional: sus desplazamientos son el foco de nuestro análisis. Este tipo de ensamblaje sociotécnico resulta fundamental para entender que los actores humanos involucrados en función de su trabajo profesional también cambian su estatus. Analizamos, por un lado, los desplazamientos entre prosumidores y emirecs en el trabajo informacional –que enfatiza la indiferenciación entre producción y consumo o recepción, según el caso–, y por otro, la tensión, que aumenta con la emergencia de nuevos actantes, entre el trabajo profesional y amateur en el sector de la información.

Desarrollaremos dos argumentos principales:

1. la diferenciación entre profesionales y amateurs no establece distinciones analíticas cardinales; es el propio ensamblaje el que las define. Resulta más relevante considerar la significación del trabajo precario (*gig labour*) y cómo este consolida el modelo capitalista ampliando infinitamente el «ejército de reserva» desempleado, subempleado o cuentapropista;
2. la autonomía de opinión, la colaboración, la negociación, la afinidad y la diversidad –todo aquello que define a los públicos– son objeto de un tratamiento «domesticador» de parte de algoritmos que cierran los horizontes y reducen las posibilidades de debates y desacuerdos.

Prosumidores o emirecs, profesionales y amateurs, una misma precarización

Dado el vuelco masivo a la virtualidad incentivada por el distanciamiento social al que obligó la pandemia, la figura del *prosumer* creció en importancia (Islas, Amaia y Gutiérrez, 2018). El término, que es propio del capitalismo informacional y que cobra especial significación en la etapa de redes, proviene de la economía. Condensa, en una única figura, al consumidor y al productor: los prosumidores captan, procesan y consumen información, moviéndose con fluidez en los entornos digitales. Según las descripciones de Toffler (1981) y Tapscott (1996), estos agentes del mercado en realidad son más consumidores que productores. En la definición clásica, se aplica a los consumidores que producen, mucho más que a los productores que consumen; su capacidad de «producir» se limita más bien a su diseño, con demandas sobre sus prestaciones, la «customización» de algunos de sus componentes y la solicitud –con fundamentos y buena información como respaldo– de productos o servicios que lo satisfagan enteramente, proveyendo además datos que resultan útiles para el marketing y la publicidad.

En una crítica al uso de este concepto en el terreno informacional, Aparici y García-Marín subrayan la diferencia entre esta figura y la del emirec, cuya solvencia en la producción de contenidos digitales tiene otras implicancias: «El prosumidor digital, por tanto, no se configura como un individuo empoderado, sino alienado mediante la conversión de las labores pagadas necesarias para el trabajo no remunerado» (2018, p. 73). Aparici y García-Marín sostienen que el término saltó al campo cultural en la aplicación que Jenkins, quien lo adoptó para recontextualizarlo en relación con las narrativas transmedias. Los autores señalan que su participación, sin embargo, es muy limitada en cuanto a la «producción» –circunstancia que, como ya apuntamos, también acontece en otras dimensiones de la producción-consumo– y que remite demasiado a las transacciones económicas. Por ello proponen, basándose en la teoría de Jean Cloutier (2001), la utilización del término «emirec», traducción de la conjunción «émerec» que une «émetteur» y «récepteur».

Básicamente, esta categoría remite a postulados de comunicación horizontales y participativos de antigua datación en el campo comunicacional, que abogan por «superar las prácticas jerárquicas propias del siglo XX» (Aparici y García-Marín, 2018, p. 75). Las transformaciones que los emirecs propician son: la convergencia profesional/amateur; el principio de isonomía (por el cual las presentaciones de los ciudadanos y las de los medios tradicionales se

presentan en igualdad de condiciones en un espacio común); la potenciación, a través de las redes colaborativas y los medios sociales, de la libertad y la negociación; el favorecimiento de la lógica de afinidad y la horizontalidad en pequeños nichos de usuarios; la impugnación del modelo vertical propio del *broadcasting* embebido en las plataformas; la construcción de nuevas prácticas mediáticas por interacción híbrida (humano-máquina) y la conformación de bibliotecas o repositorios con abundancia de recursos que sirvan tanto a fines educativos como al enriquecimiento cultural (Aparici y García-Marín, 2018, pp. 75-76). Sin embargo, la utopía de la comunicación horizontal está lejos de encontrar en los emirecs sus agentes realizadores.

Este último punto muestra de modo inequívoco el carácter aspiracional de la caracterización: el enriquecimiento cultural y la gratuidad de los contenidos libres con licencias *copyleft* se topan con la propiedad privada de las plataformas, que pueden decidir la discontinuidad de lenguajes o establecer incompatibilidades, con lo que el reservorio cultural abierto podría desaparecer súbitamente.

El término «emirec» no expresa una diferencia tan sustantiva con el de prosumidor como parece señalarse; sin embargo, emirec parece enfatizar el trabajo con la información –es decir, la producción de contenidos–, no sólo su utilización y consumo. Los ensamblajes que esta figura posibilitan son diversos; sus realizaciones pueden volcarse tanto a la propia vida, que se exhibe como texto público, como a las noticias de interés general: los emirecs devienen cronistas momentáneos (Correa González, 2019; Jordán Correa, Arias Valladolid y Samaniego Rivas, 2017).

Para entender qué tipo de actor es el emirec, es necesario recuperar una propiedad fundamental de los actantes tecnológicos: la ubicuidad de los dispositivos de captación (Logan y Scolari, 2014) permite ampliar de manera inimaginable las fuentes de información, que nutren tanto a los medios sociales como al sistema de medios. Los emirecs son los testigos, pero también los protagonistas, son una multitud que empuña dispositivos y registra lo que ocurre en tiempo real; son editores de imágenes y sonido; son creativos productores de contenidos. Los corresponsales de los medios, es decir, aquellos que se trasladan al «lugar de los hechos», son costosos: pasajes, alojamiento, movilización de equipos. Un transeúnte que está allí puede captar imágenes y enviarlas con costo cercano a cero, o peor: a su cargo. Tienen sus propios «medios de producción», aunque su costo sea mínimo.

Estamos hablando de capitalismo informacional en etapa de plataformas, no de sociedad del conocimiento. Las empresas buscan minimizar los gastos y maximizar las utilidades.

¿Puede sorprender que estas prácticas de recolección de sucesos sean alentadas por los medios? La noticia, si su principal valor es la «novedad» o inmediatez, ha dejado ser patrimonio del periodismo, pero lo mismo acontece con muchas otras actividades que hacen de la materia simbólica –traducible a bits– su ocupación. Designadas como industrias creativas (Bustamante, 2017), tienen ya muy poco de industrias. Y sus trabajadores voluntarios tienen poco de profesionales. Estamos frente a un nuevo desplazamiento.

Citando a Patrice Flichy, Ignacio Ramonet agrega otra posible denominación para quienes se dedican al trabajo informacional-comunicacional: el «pro-am» (2011, p. 21). El término pone énfasis en la baja cualificación de quienes reemplazan a los profesionales «En la nueva sociedad de las redes, cada ciudadano es un “periodista” en potencia» señala Ramonet (2011, p. 18). Más adelante, indica el triunfo del amateurismo y los prosumidores, que llevan a la baja de los salarios y a la explotación de los profesionales del periodismo (2011, p. 33). Aunque la afirmación sea fácil de constatar, el ensamblaje allí producido merece una inspección más cuidadosa.

Conviene revisar la definición de amateurismo. Amateur, o aficionado, remite a una relación amorosa (del griego «*philia*», afinidad o amor) con el objeto en cuestión, que lo lleva a sostener una práctica que podría no obtener reconocimiento ni remuneración. El profesional «vive de lo que hace, es decir, obtiene una remuneración que le es suficiente como para volcarse de lleno a su actividad sin tener que buscar otra para solventar su subsistencia» (Nasif, 2020, p. 85). Las dos definiciones no se excluyen necesariamente ya que muestran distintas facetas de una actividad. ¿Se puede afirmar que todo profesional se sostiene de manera estable con el fruto de su trabajo, en tiempos de flexibilización y precarización laboral? No parece tan seguro. Lo cierto es que el aficionado puede ser un profesional en formación, o que busca insertarse laboralmente, mientras que el profesional puede ser además un apasionado y su continuidad en el empleo y en cuanto a salario puede fluctuar. Quizá la diferencia pueda ser la intensidad de la práctica. Vista desde la perspectiva de las asociaciones, la distinción es contingente.

Los actores-red en los que profesionales y amateurs se ensamblan pueden ser muy parecidos: los medios, que operan como marco institucional y que ofrecerían una contratación estable, también hacen-hacer a *free lancers*. La diferencia entre estos y los emirecs es, a nuestro juicio, indiscernible. Los *free lancers* suelen ser profesionales cuentapropistas; una fotógrafa que vende una foto, un paparazzi que consigue una primicia o una reportera que completa una investigación periodística. El trabajo de «changas», como lo llama Zukerfeld apelando a un uso popular (2020), o *gig labour* (el trabajo por

entrega, acotado temporalmente, intermitente y precario) es, por otro lado, la forma de contratación por excelencia en las plataformas y existe bajo sus condiciones sociotécnicas de producción.

Examinando la asociación: divertimento, trabajo precario y extimidad

Entonces, ¿trabajan los emirecs? Cuando dejan las edades juveniles e intentan vender su producción de contenidos informacionales, ingresan al estadio del *gig labour*. La gran mayoría –que no son célebres– consiguen trabajos flexibles o episódicos. En términos del empleo formal, las consecuencias son catastróficas: el amateurismo se especializa crecientemente y los emirecs complementan y aun desplazan la labor de un importante número de trabajadores informacionales. La conversión de los servicios en bienes informacionales acumulables, modificables y transables facilita el trabajo precario.

Un contenido informacional, como ya mencionamos, es un producto que puede intercambiarse sin necesidad de contratar a la persona que lo produjo. El *gig labour* permite separar aún más al servicio de su productor, volverlo completamente impersonal, como el anónimo realizador de un tutorial, porque ni siquiera forma parte de una nómina de empleados ni acredita pertenencia a alguna organización. Es esta, en última instancia, la que ostenta los derechos. ¿Hablamos de empresas de medios o de plataformas? La operatoria es la misma. Pero es cierto que hay un orden de legitimidad que proviene de la experticia y las organizaciones ofician como brújulas frente a los rumores o *fake news* (Rodríguez-Ferrándiz, 2019, pp. 8-9), no sólo por sus profesionales cuyo valor diferencial es menos la localización y relato de una noticia que su capacidad de interpretación, sino también porque se sigue buscando este correlato entre lo virtual y lo real a través del chequeo de la información.

Otra faceta de los emirecs tiene que ver con la extimidad³ –que no es lo mismo que decir que construyen un sistema yo-céntrico (Ramonet, 2011, p. 23)–. Los emirecs se toman a sí mismos como contenido y se autoproducen pero siempre con miras al otro, al destinatario, que imaginan como semejante a ellos mismos. Constituyen así un nuevo tipo de ensamblaje, de bordes borrosos, porosos, que no puede definirse como público o audiencia en sentido clásico, ni como comunidad virtual: son más amplias que ellas, pero menos impersonales que los medios. Con algo de suerte, talento, conocimiento experto de las plataformas y buen *timing*, por efecto de una alta velocidad de circulación (no sólo ampliar la difusión, como en el esquema del *broadcasting*, sino circular rápido) se construyen como nuevas celebridades. Los *influencers* del nuevo sistema informacional no son, como el *star system* hollywoodense,

sujetos modélicos de la industria capaces de orientar el deseo. Las estrellas eran personalidades extraordinarias o meritorias en alguna de sus áreas, artes, espectáculo y aun la política, que exhibían alguna cualidad o atributo destacable referenciado en un mundo *off line*. El «divismo» del *broadcasting* convive mal con los *youtubers* o *tiktokers* que se emplazan en un horizonte cotidiano y coyuntural⁴.

El primer paso hacia su desaparición lo dio el propio sistema de medios cuando albergó un nuevo modelo de protagonista surgido de su seno: los «mediáticos», celebridades efímeras, personajes que no remiten a otra cosa que al propio sistema que los engendró. El ecosistema mediático, que crea y desintegra personalidades populares por montones y en muy corto plazo, es semejante al ecosistema informacional de medios sociales y redes que producen *influencers*: actualmente se trata de crear tendencias en cuanto a estilos y actitudes. Todo este universo propio de las plataformas ensambla disfrutes culturales con trabajo informacional gratuito, la producción de contenido típica de los emirecs. Los internautas producen y consumen; trabajan como destinatarios de la publicidad y se ofrecen como sus vehículos. Conocen el medio, se mueven en él con comodidad.

Lo más interesante de los emirecs es que ofrecen una mirada humana, si por ello entendemos una visión cyborg modelada por un entorno digital. Este punto de vista carece de valor si es solipsista, si es incapaz de generar réplicas. Por lo tanto, su potencial fundamental es su capacidad de multiplicarse hasta el vértigo. La viralización resulta de la elevación a la n potencia de la circulación informativa; es tal la importancia de la circulación que la «autoría» del contenido es menos relevante y poco perceptible, porque el actante tecnológico comparte el mérito de la producción. Como ya señalamos, el contenido es un producto separado de quien lo produjo; no forma parte de la lógica de los servicios, sino de los bienes, y sólo existe como parte de un ensamblaje complejo con la propia plataforma. ¿Cómo identificar lo importante? Las plataformas, oficiando de adalides en este mar inabarcable, ofrecen algunas guías a partir de lo que resulta más fácilmente asequible: contar. Cantidad de *views* o de descargas, cantidad de *likes*, permiten establecer tendencias numéricas, vinculadas con volúmenes, procesables con metodologías de *big data*.

Algoritmos, la secuencia de las elecciones previas

Aunque parezcan cáscaras vacías o meros escenarios, las plataformas traducen acciones de otros actores que convergen hacia ellas con su programación implícita y las propiedades de las interacciones posibles. Tienen una

arquitectura y unas reglas de uso accesibles únicamente en el momento en que son ensambladas. Algunas de las discusiones más fuertes de los últimos tiempos han tenido que ver con implicancias de estas reglas (en términos de propiedades de los datos de los usuarios, por ejemplo, o en relación con las prohibiciones morales y con las regulaciones estatales). Y son justamente estas gramáticas, bienes informacionales derivados del trabajo informacional, el nivel profundo en el que se embebe su sentido.

Un actante del pasado reciente, la pandemia del COVID-19, impulsó la generalización acelerada del capitalismo de plataformas aumentando el trabajo informacional y sus profesiones, cuyo *output* devino *completamente* información, por ejemplo, la educación, las prácticas de salud o el teatro. Estos tres sectores, según Hardt y Negri (2005), conservan un plus, un componente «afectivo» dentro de lo que se considera un trabajo inmaterial, que hasta aquí no había sido posible traducir a información. Amplios sectores que desarrollaban sus actividades en presencia se trasladaron a la virtualidad, sorteando numerosos contratiempos, con más o menos conocimiento de base y dispares resultados. Dada la necesidad de reemplazar la presencia física por una relación virtual que evite el contagio, la Internet aumentó los niveles y tipos de uso, pero también la experticia de los usuarios, que exploraron más a fondo sus posibilidades y experimentaron desde el lugar del emisor, al mismo tiempo que ejercitaban otras posibilidades de intercambios que ofrecen las plataformas.

Las economías golpeadas durante la pandemia recurrieron de manera masiva a las plataformas para vender o alquilar bienes; creció el empleo en línea y la demanda de transportistas, que son quienes materialmente trasladan los bienes transados, como recordatorio de la existencia de la espacialidad física, el tiempo y la materialidad. En el dominio de la cultura, todo lo que tenía soporte exclusivamente material fue virtualizado y se volvió disponible en línea –como periódicos y revistas– y los que ya utilizaban modalidades mixtas fortalecieron sus equipos. Los públicos clásicos accedieron y se familiarizaron con los consumos culturales vía *streaming*; recitales, obras teatrales y otras expresiones culturales dieron el paso decisivo hacia su digitalización. Incluso la atención médica apeló a la teleconsulta. Lo que demanda intervención en el plano físico (como ya mencionamos, el traslado de bienes o la injerencia con cuerpos materiales, como la preparación de alimentos, la minería, el cuidado de niños, etc.) resiste por el momento su informacionalización⁵, pero lo simbólico es muy fácilmente convertido a datos. El aprestamiento cultural forzado por la crisis sanitaria aceleró y generalizó el proceso en marcha.

En la búsqueda de cultura, información y entretenimiento, el algoritmo proveedor de resultados y orientaciones se asocia con el usuario o con el emisor. Se embebe de información y proporciona opciones que se van autocorrigiendo, refinando los perfiles. La experiencia se generalizó durante la pandemia y así se hizo evidente que, en las plataformas, «lo que somos» –básicamente, nuestras elecciones– tiende a perpetuarse: el algoritmo es conservador y nos mantiene en la pauta de nuestras elecciones previas. Como consecuencia, restringe la posibilidad de descubrimientos azarosos; nos aproxima a aquello que nos autoconfirma y nos vuelve tradicionales en el sentido de la autotradición. La búsqueda algorítmica es –no sólo, pero fundamentalmente– una reiteración; tiende a circunscribirse a lo conocido y fomenta la complacencia, cercenando el horizonte de búsqueda mayormente a aquello que se eligió en algún momento de la biografía.

En cuanto a Internet como nuevo espacio de lo público abierto a los debates colectivos –tópico que ha sido hasta hace pocos años muy frecuente en el campo de la comunicación– también ha sufrido desplazamientos, puesto que se hace cada vez más evidente el efecto de vigilancia del actante tecnológico: las plataformas compilan infinitos datos (Berardi, 2018; Mattelart, 2009; Srnicek, 2018). En sus versiones más críticas, algunos autores hablan del autoritarismo de plataformas (Bratton, 2014) o señalan que esta es una instancia de continuidad de la guerra política tanto en cuanto a la vigilancia como a la manipulación de la opinión.

Según Paul Virilio, la información total tiene tanto la capacidad de la vigilancia total como el poder de la disuasión. Virilio recupera la cita de Joseph Goebbels, el responsable de la propaganda del régimen nazi, «El que lo sabe todo no le tiene miedo a nada», para afirmar que «mañana, *guerra de la información, que generalizará lo que el espionaje y la vigilancia policial habían inaugurado hace tiempo*» (1999, p. 154. Itálicas en el original).

En la misma línea, Rodríguez-Ferrándiz afirma que la propaganda computacional genera la «tormenta perfecta»: por la coincidencia de plataformas, bots de redes sociales, agentes autónomos y *big data*, dirigidos a la manipulación de la opinión pública: «Cuando están en manos de actores políticos poderosos y dotados de recursos, estas herramientas informatizadas pueden utilizarse tanto para impulsar como para silenciar la comunicación y la organización entre ciudadanos, tanto en los regímenes democráticos como en los autoritarios» (2019, p. 9) Una forma de capitalismo que podría llamarse capitalismo de vigilancia, dirá Zuboff (2019), en relación con el manejo de la información que tiene a las corporaciones tecnológicas de la mano de estas plataformas.

Reflexiones finales

Es necesario regresar a la introducción para recordar que información y conocimiento no son lo mismo. Recoger datos de manera masiva y organizarlos para que resulte información no implica necesariamente la generación de conocimiento –salvo que sea de un tipo muy descriptivo, sin capacidad de explicar o hacer inteligible–. La producción de conocimiento llamada «colaborativa» obliga a pensar quién «quiere» colaborar con quién, y la respuesta es que no son actores con voluntad y deseo; no es una «intención» de colaborar. Este es el nombre de un tipo de asociación. Los actantes, tanto actores humanos como no humanos, participan, forman parte, están alojados, en un ensamblaje colaborativo simétrico que *puede* producir conocimiento.

La información circula y establece conexiones y estas pueden ser –y en general, son– automáticas, vale decir, efecto de una programación –y ella sí es fruto del conocimiento: requiere un actor humano incrustado y asociado en el software–. Para la atribución de sentido, la relación con la información no es simplemente la conexión de muchas, incluso innumerables variables, sino que supone la inmersión y el buceo. Puede seguir siendo una relación socio-técnica, pero el tipo de asociación es otro. El conocimiento establece órdenes de relevancias y la relevancia es asignada a partir de un saber que se nutre de la experiencia social; un punto de vista socialmente sedimentado. Como afirma Luis Villoro, «el saber requiere la comunidad de un sujeto con otros» (Villoro, 1984, p. 141). El conocimiento está *antes*, es condición de producción de la información, pero está también *después*, es una propiedad emergente de esta, de su selección, combinación, jerarquización e interpretación. En ambos polos requiere asociarse al menos a un actor humano.

Aquí cobran valor las experticias, que tienen que ver menos con la dirección de la comunicación (ya no hay relaciones lineales, sino asociaciones) o con la exclusividad en el desempeño de ciertas actividades (se borrea la diferencia entre profesionales y amateurs), o con la forma de contratación, que mayoritariamente es precaria y flexible. Todo ello constituye un ensamblaje que es necesario poder aprehender: de allí que la experticia sea, sobre todo, la capacidad de validación y diferenciación que conduce a la interpretación y que no sigue un patrón; es contingente. Por ahora, las programaciones, por sí mismas, no pueden prever acontecimientos ni descifrar relevancias, sólo calcular probabilidades a partir de patrones preexistentes y combinaciones posibles, numerosas.

Pero la historia no es la rueda en la que gira un hámster maníaco; en ella hay contradicción, sinsentido, gratuidad, impulso y contingencia. Las tecnologías

informacionales carecen de clarividencia frente al futuro y de comprensión del sentido siempre renovado del mundo, salvo ensamblándose con actores. Aun los sistemas de recolección, ordenamiento y relación de datos requieren una programación que implica una matriz de asociaciones o combinaciones pertinentes y relevantes. Y tanto la pertinencia como la relevancia, así como la lectura de contextos y de procesos, son asignaciones de sentido no automáticas ni precedentes: se referencian en el orden del presente –con algún margen de proyección y de antecedentes, sin duda, pero no intemporales ni universales–.

Esto no quiere decir que la inteligencia artificial y los algoritmos que trabajan con *big data* no avancen también en esa dirección, pero, por ahora, este ensamblaje por el que circula la interpretación requiere tanto actantes tecnológicos como actores humanos. El problema no es que los no humanos reemplacen a actores sociales, o que haya un orden transhumano (Evans, 2011) cuyas características estén aún por revelarse. La tecnología sigue la misma pauta de ensamblaje que el conjunto de la sociedad, que está fuertemente marcado por la lógica del control y el dominio, y ello se verifica *off line* tanto como *on line*.

No es la referencia a las plataformas lo que debería inquietar, sino que estas siguen un patrón capitalista de funcionamiento; han sido desarrolladas en ese sentido y las ilusiones de refuncionalizaciones o ágoras virtuales sólo distraen de la necesaria tarea de regular, morigerar o impedir algunas de las derivas más aciagas de los ensamblajes de los que ya formamos parte.

Notas

1. Bratton apunta a advertir sobre usos autoritarios y peligros potenciales del orden sociotécnico descrito como The Black Stack. Véase <https://transmediale.de/content/key-note-with-benjamin-h-bratton-and-metahaven-the-black-stack> «« VOLVER
2. La cuestión de la protección de derechos de los usuarios es aún un tema en disputa. La soberanía de las plataformas se asienta sobre una vacancia jurídica gracias a la cual, por el momento, pueden operar sin demasiadas restricciones, ya se trate de plataformas privadas como públicas. Señala Bratton: «Platform sovereignty operates within territories that are composed of intersecting lines, some physical and some virtual, and for this, deciding exceptions is no less critical. The exceptions to be decided, however, are over what geographies those lines describe and what conditions they inscribe» (2015, p. 374). «« VOLVER
3. Extimidad, en el sentido en el que lo plantea Jacques Lacan, es lo personal, más aun que lo más íntimo, expresado en la lengua del Otro. «« VOLVER

4. Aparici y García-Marín ofrecen el siguiente ejemplo: «La figura de la televisión norteamericana Oprah Winfrey lanzó su canal en YouTube en noviembre de 2007 a través de un movimiento que fue muy criticado por los usuarios del servicio, ya que ignoraba las normas culturales que se habían desarrollado en el seno de la comunidad al eliminar la posibilidad de embeber y comentar los vídeos alojados en su canal. [...] El modelo comunicativo asociado a la aparición de Oprah en YouTube reproducía la autoritaria lógica *broadcast* unidireccional de la que la estrella televisiva procedía, ignorando los principios básicos sobre los que se rige la comunidad en este medio. Oprah trató a los usuarios de YouTube como prosumidores que debían producir para su marca, no como emirecs con los que dialogar de igual a igual» (2018, p. 76). En el análisis de los autores, una vez más observamos la ilusión de un diálogo igualitario en una plataforma que evidentemente tiene establecimientos de jerarquías, un asunto que va más allá de la posibilidad de comentar. [«« VOLVER](#)
5. Es probable que el traslado de objetos materiales sea una de las actividades que se automaticen en breve. Drones teledirigidos pueden reemplazar al transportista. [«« VOLVER](#)

Referencias bibliográficas

- APARICI, R. y García-Martín, D. (2018). Prosumidores y emirecs: Análisis de dos teorías enfrentadas. *Comunicar*, 26(55), 71-79. <https://doi.org/10.3916/C55-2018-07>
- BELL, D. (1973). *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting*. Nueva York: Basic Books.
- BERARDI, F. (Bifo) (2018). *Fenomenología del fin*. Buenos Aires: Caja Negra.
- BRATTON, B. (2014). The Black Stack. *E-flux*, 53. www.e-flux.com/journal/53/59883/the-black-stack/
- BRATTON, B. (2015). *The Stack*. Cambridge (Mass.): The MIT Press.
- BUSTAMANTE RAMÍREZ, E. (2017). Las industrias culturales y creativas. *Periférica Internacional*, 18, 89-117. <https://revistas.uca.es/index.php/periferica/article/view/4178>
- CALLON, M. (1995). Algunos elementos para una sociología de la traducción: la domesticación de las vieiras y los pescadores de la bahía de St. Brieuc. En Iranzo Amatriain, J.M. et al. (eds.), *Sociología de la ciencia y la tecnología* (pp. 259-282). Madrid: CSIC.
- CASTELLS, M. (1996). *La era de la información Vol. I: La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- CLOUTIER, J. (2001). *Petit traité de communication. Emergence à l'heure des technologies numériques*. Montreal: Carte Blanche.
- CORREA GONZÁLEZ, F. (2019). ¿Cocreación o participación? Estudio de caso de las secciones «El periodista soy yo» de Noticias Caracol y «El cazanoticias» de Noticias RCN. *Comunicación*, 41, 50-65. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/comunicacion/article/view/404>

- EVANS, W. (2011). *Information Dynamics in Virtual Worlds*. Oxford (UK): Chandos Publishing.
- FERNÁNDEZ, J.L. (2018). *Plataformas mediáticas. Elementos de análisis y diseño de nuevas experiencias*. Buenos Aires: La Crujía.
- FUCHS, C. (2014). *Social Media. A Critical Introduction*. Londres: Sage.
- FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- HALL, S. (1973). Encoding and Decoding in the Television Discours. Council of Europe Colloquy. Recuperado el 15 de mayo de 2019 de www.birmingham.ac.uk/Documents/college-artslaw/history/cccs/stencilled-occasional-papers/1to8and-11to24and38to48/SOP07.pdf
- HARDT, M. y Negri, T. (2005). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- ISLAS, O.; Amaia, A. y Gutiérrez, F. (2018). La contribución de Alvin Toffler al imaginario teórico y conceptual de la comunicación. *Revista Latina de Comunicación Social*, 73, 648-661. www.revistalatinacs.org/073paper/1274/33es.html
- JORDÁN CORREA, D.; Arias Valladolid, C. y Samaniego Rivas, G. (2017). La participación del prosumidor en la nueva era de la comunicación. *INNOVA Research Journal*, 2(11), 179-185. <https://doi.org/10.33890/innova.v2.n11.2017.556>
- LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.
- LOGAN, R. y Scolari, C. (2014). El surgimiento de la comunicación móvil en el ecosistema mediático. *Letra. Imagen. Sonido (L.I.S.)*, 11, 67-82. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/lis/article/view/3763/3088>
- MAGALLANES, M.L. (2022). Actante. En Parente, D.; Berti, A. y Celis, C. (coords.), *Glosario Internacional de Filosofía de la Técnica*. (pp. 24-28). Buenos Aires: Editorial La Cebra.
- MATTELART, A. (2009). *Un mundo vigilado*. Barcelona: Paidós.
- NASIF, S. (2020). Profesionales y amateurs en la trama cultural. En Papalini, V.; Flores, C. y del Prato, M.P., *Devenir trama. Ensamblajes/Córdoba* (pp. 71-96). Córdoba: Tinta Libre.
- RAMONET, I. (2011). *La explosión del periodismo*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- RODRÍGUEZ-FERRÁNDIZ, R. (2019). Posverdad y fake news en comunicación política: breve genealogía. *El Profesional de la Información*, 28(3), 1-14. <https://doi.org/10.3145/epi.2019.may.14>
- ROSZAK, T. (1990). *El culto a la información*. México: Grijalbo.
- SCHMUCLER, H. (1997). El regreso de las palabras o los límites de la utopía mediática. En: *Memoria de la comunicación* (pp. 17-37). Buenos Aires: Biblos.
- SCHWAB, K. (2016). Welcome to the Fourth Industrial Revolution. *Rotman Manager Magazine*, 308, 19-24.
- SCHWAB, K. (2024). The Fourth Industrial Revolution: what it means, How to respond. En Simsek, Z.; Heavey, C. y Fox, B.C. (eds.), *Handbook of Research on Strategic Leadership in the Fourth Industrial Revolution* (pp. 29-34). Cheltenham (UK): Edward Elgar Publishing.
- SCOLARI, C. (2022). *La guerra de las plataformas. Del papiro al metaverso*. Barcelona: Anagrama.
- SRNICEK, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.

- TAPSCOTT, D. (1996). *The Digital Economy: Promise and Peril in the Age of Networked Intelligence*. Nueva York: McGraw-Hill.
- TOFFLER, A. (1981). *La Tercera Ola*. México: Edivisión.
- VAN DIJCK, J. (2016). *La cultura de la conectividad: Una historia crítica de las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- VAN DIJCK, J.; Poell, T. y De Waal, M. (2018). *The Platform Society: Public values in a connective world*. Cambridge: Oxford University Press.
- VILLORO, L. (1984). *Creer, saber, conocer*. México: Siglo XXI.
- VIRILIO, P. (1999). *La bomba informática*. Madrid: Cátedra.
- ZUBOFF, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Profile Books.
- ZUKERFELD, M. (2013). *Obrero de los bits. Conocimiento, trabajo y tecnologías digitales*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- ZUKERFELD, M. (2020). Bits, plataformas y autómatas. Las tendencias del trabajo en el capitalismo informacional. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 4(7), 1-50. www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/lat/article/view/623
- ZUKERFELD, M. y Yansen, G. (2022). Plataformas. Una introducción: la cosa, el caos, humanos y flujos. *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología*, 27(53). <https://doi.org/10.48160/18517072re53.167>